

PORVENIR

La cultura en la
post pandemia

Ángeles Salvador

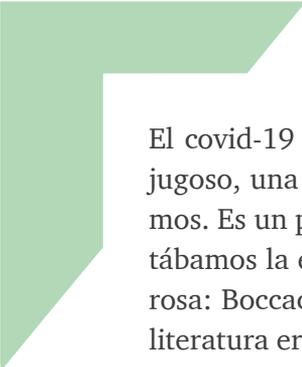


Es escritora. Nació en Buenos Aires en 1972. Fue actriz. Publicó cuentos en diversas antologías y en revistas literarias. Publicó la novela *El papel preponderante del oxígeno*, (Reservoir Books, 2017) y este año saldrá su segunda novela por el sello Lumen.



Los problemas de la escritura en la pospandemia

En esta era de coronavirus vimos en las pantallas escenas potentes para cualquier comienzo o final de libro: una fosa abierta con ataúdes prestos a ser enterrados en Brooklyn, una desesperanzada enfermera en Bérgamo que decide ahogarse en el mar después de una guardia, una familia guayaquileña que cena con el padre muerto en el sillón del living mientras esperan que sobre algún féretro en el mercado. Buenos Aires tiene las suyas: miles de ramos de flores veraniegas a punto de ser destruidas en el mercado de Barracas porque no pudieron ser vendidas, un chico del delivery caminando como si nada por la desierta 9 de julio, una monja con barbijo abre la Catedral Metropolitana para que pasen a pulverizar santos y altares, un grupo de bailarinas del ballet del Colón basculan con mallas, medias, zapatillas de punta y barbijo N° 95, un pastelero en Palermo hornea y decora tortas con forma de papel higiénico para ironizar sobre el almacenamiento desmedido del que los supermercados fueron escenario, el yerno de una anciana muerta por coronavirus es rociado con desinfectante durante el funeral exprés en el cementerio de la Chacarita, el Barrio Chino es clausurado como un doble castigo, un viejo coleccionista de cine proyecta *Gatica* de Leonardo Fabio en la medianera de un edificio en San Telmo y junta fondos para los trabajadores de los cines de cadena.



El covid-19 nos dio, como en providencia, un recurso de lo más tremendista y jugoso, una autorreferencialidad que afectará el modo en que escribimos y leemos. Es un problema para la literatura porque desorganiza la forma en que contábamos la experiencia humana. Aunque puede ser una desorganización venturosa: Boccaccio escribió el *Decamerón* arraigado en la peste de 1348 y fundó la literatura erótica italiana. Pero bien, en estado de pandemia, la literatura podría funcionar de una manera insoportablemente encorsetada.

Cualquier escritor sabe que ahora tiene problemas nuevos que serán bastante idénticos a los de sus colegas. Y cualquier lector puede imaginar lo que se exhibirá en la mesa de novedades, incluso en las mesas más selectas. Asistimos, desde que nos acecha el fastidioso virus, a un sinfín de estímulos universales y epocales que nos permiten pensar, concebir –en el sentido reproductivo– una nueva historia a la que debemos darle forma. Las categorías son rotundas y extensas a la vez. Los problemas a resolver serán un juego de habilitación y de quita. Son interrogantes que avizoramos como criaturas del bosque, problemas que se desplegaran luego, cuando todo esto pase o, quizás, cuando se hospede en nuestro futuro, no se sabe por cuánto tiempo.

El rompecabezas que solíamos armar para escribir, antes de que le encastráramos la última pieza, fue comido por un perro encerrado y rabioso. El perro fue muerto por los empleados de la perrera, la perrera fue abolida y ahora desde una oficina que insufla vida a los escritores nos enviaron un nuevo rompecabezas pero con un dibujo más complejo. Porque es el mismo pero fosforescente; o el mismo pero con un corte a la mitad de cada pieza, o el mismo pero dado vuelta; o el mismo pero pintado de blanco o pintado de negro o electrificado o con virus en los bordes. O tal vez nos dieron un rompecabezas nuevo. No sabemos cuál será, pero sí que aquello que era fácil ahora es un desafío ineludible por el shock del escritor *in situ*, que debe trabajar con lectores *in situ*, en una curva mítica en ascenso que poco a poco se despega de la curva de significados del trauma colectivo. Quedará más mito en el testimonio, porque así vivimos cuando recordamos.

Los problemas del cliché pueden agruparse a dedo en algunas categorías: lo instauracional, eso que nos hace decir –ojiabiertos– que nunca antes habíamos vivido algo semejante. Lo universal, ahí corrió mucho el asombro por lo inédito de que todo el mundo esté pasando por esto. Es en todo el planeta o en todo el globo, repetimos, para figurar la escala máxima que posee el doble poder de asustar o tranquilizar. Lo viral, que implica trabajar, por un lado, con la idea de lo invisible y de lo nano; y por otro, con la idea de la replicancia en aumento. La peste como idea del asco decrepito y mortal y, luego, la categoría de encierro o hibernación o confinamiento: la cuarentena. Y como siempre, asimismo y sin embargo, durante y entonces, la categoría máxima: el tiempo.

Aquí parado, el escritor también tendrá el problema del género literario: podrá, luego de esta temporada pandémica, echar mano a cualquiera de ellos, sumado a sus remanidos y sus destrezas del arte, que ya se empalaga y confunde. Por ejemplo, la ciencia ficción en su acepción distópica, bien sea en su rama apocalíptica como en su declinación de automatización artificial. Otra variante bestseller: el diario de encierro del autor, del narrador, de la víctima. O los bien pagados: el policial catastrófico, la novela hospitalaria y, por supuesto, el retorno de la novela romántica decimonónica (hubo amantes que burlaron retenes y consorcios por un beso). No faltará un electrizante cuento de terror con fantasmas del Covid-19 que vuelven a vengar en los parientes la falta de pompa fúnebre. Y por qué no el relato erótico en el que el interdicto sea un fuerte componente enloquecedor y el onanismo sea un comodín práctico para avanzar en la trama. Asimismo, el relato de personaje, con una serie de personajes de los que podemos vislumbrar sus contornos de rol, uno tras otro, y escribir sin escribir sus imaginarios privados en pandemia como si estuviéramos en una tormenta de cerebros de guionistas para sacar una serie -ya- sobre el coronavirus.

¿Habrá que ir a buscar la singularidad en el estilo otra vez?, especulamos. ¿Todavía habrá que pasar otro cuello de botella por ese tesoro?, nos agobiamos. Si a todos nos pasó lo mismo –esto que nos pasa–, y todos vamos a escribir sobre lo



mismo, y todos vamos a saber de qué se habla con múltiples conclusiones basadas en nuestra empiria emotiva y terca, ¿cómo haremos para escribir sin sentirnos una voz coral que repite el recurso?

Si la próxima literatura debe ser escrita “a la luz” del coronavirus en la era del coronavirus tendremos que cambiar nuestro modo de escribir, todos a la vez. O no. O podrán nuestras mentes habitar en la vida anterior de los subtes atestados, de la espera sin razón de una mesa en el restaurante armenio, de la puerta de la escuela prestos a rumorear con madres críticas, de los halls de los teatros de Almagro reconociendo viejas celebridades del *under* mezclados con jóvenes perfectos y seguir novelando nuestras viejas andanzas de fin de milenio.

Cuando era chica había un loco famoso en Santa Fe y Callao, era petiso como un enano, era pelado y tenía una pierna tullida. Se hacía el ido, pero cuando alguien pasaba, pegaba un grito de la nada para asustar y una vez que el desprevenido saltaba en un espasmo –me lo hizo a mí y se lo hizo a otros delante de mí– empezaba a reír frenético porque había cumplido su cometido. Sin embargo, la muchedumbre lo amansaba, la muchedumbre cuerda que seguía caminando. Ese tipo de peligro define el mundo anterior en el que yo solía vivir. Una broma de un loco. Esto es más serio.

Me gustaría coquetear en estas líneas con algunos de los porvenires posibles de la literatura después de la crisis del coronavirus, lo que puede llevar a una crisis de magnitud para aquellos que vendremos con ella . Puede que haya otras urgencias luego de una pandemia con hibernación global en la que la modernidad, la ciencia, internet, las grandes urbes y sus conexiones, el viejo catálogo de ideologías de gobierno conocido y la superpoblación le dieron el halo futurista que tanto goce de espectador de catástrofe nos da. Sabemos que nos esperan la reconfiguración del mundo laboral, la pobreza, el estado de sospecha y el trauma. Sabremos más adelante cuánto se han controlado los daños. Pero no sabemos cómo se escribe sin sucumbir a un revuelto de lugares comunes y, sobre todo, simultáneos.

Empiezo por el problema de lo instauracional como problema literario, que parte de la noción de que se instituye algo en la experiencia por primera vez. Algo con el rango de novedoso, impensado, un cambio de estatus del proyecto vivencial. En un mes de un año (marzo 2020, diremos, por el sur occidental) esta historia empezó a correr y tomó la fuerza de un cambio total de la estructura de peligro. Es decir, deberemos tratar el acontecimiento histórico como recurso nauseoso para todo lo que encaremos. El personaje había nacido durante el coronavirus. El padre del antagonista murió en el primer brote de coronavirus. Decidieron divorciarse en cuanto acabara la cuarentena del Covid-19. La muerte dudosa se dio en la guardia del hospital durante la pandemia. El remisero esperaba pasajeros en Aeroparque el día bisiesto de 2020 –ahí aludiríamos a una víspera anunciada–.

El coronavirus pasará a ser una referencia cronológica muy utilizada con un peso simbólico, lleno de todos los otros problemas que desarrollaremos después. Todo lo que literariamente hagamos suceder antes de esta época estará por fuera de una conciencia mayor.

Los personajes que se escriban y que se ubiquen en la historia *precorónica* –tendremos que inventarnos nombres de la época pero también tendremos que consensuar uno único, superlativo y doloroso, de una palabra– carecerán del hastío universal del que todos fuimos parte hasta la novedad que nos tiene sobreadaptados como nunca, carecerán de la conciencia colectiva global que pareció unirnos en un gigante dominó de suspiros humanos. Serán -porque ya lo fueron- personajes más paseanderos, tontos quizás, ingenuos. Serán, en realidad, como nos miremos a nosotros mismos los escritores y los lectores. Pero el problema más grave que abre lo instauracional en la forma es la idea del asombro versus la idea de la indiferencia. El escritor deslumbrado y perplejo que va a señalar la maquinaria en la que a todos ya nos empujaron puede resultar redundante. Un falso positivo, para parafrasear con el exacto e irremplazable léxico médico. Y, en cambio, el escritor indiferente puede que no sea creíble en tanto sujeto no habitado por la tragedia mundial. Un asintomático.

Que la pandemia y sus principales efectos: tomar partido por la hipocondría o por la temeridad y todas las puntuaciones distribuidas entre ambos, el cambio en la vida ciudadana que implica el shock de aceptar nuevos reglamentos cada semana, para cada individuo, familia, trabajador, artista, empresa, institución sean una constante en este tiempo, nos deja ante el problema de lo universal que se trasladará en la escritura. Es la gracia, claro está, de la palabra pandemia, que parece una tintura aerosolada que envuelve nuestra esfera. Estamos, entonces, a la hora de escribir, ante un universal consolidado, viviente, rozante con el que cargamos sobre nuestros dedos tipeadores. Esto le trae al escritor el problema del sobreentendido, de la opinión comparable y constatada por la actitud reactiva de cada afectado –un todo por comprensión– ante “lo que nos pasó”. Quejarse del remanido en el universal, en sí, es tal vez un despropósito; no somos cosas ni dioses. La esencia de la escritura es un compendio de lo universal ya que somos indisolubles de esa condición. Pero qué pasará cuando universalmente se escriba literatura pandémica o corónica o el dichoso nombre que le pongamos. Temas y subtemas ya nos desaniman de antemano por obligados: el encierro, la frustración, la finitud, la ecología, el consumo, el trabajo, la automatización, la enfermedad, la discriminación, el giro dramático, el nuevo paradigma, la frivolidad.

Otro tópico pululante es el de lo viral. Será la metáfora estelar. Lo viral que se hizo época. La palabra había sido resignificada con la llegada de la computación hace un par de décadas. Entraban virus a las computadoras y había que comprar antivirus, que un técnico tímido y mal vestido instalaba en un local sucio de computación. Discos duros con novelas y ponencias enteras se han esfumado para siempre en la época de los virus informáticos. Causaba risa que algo tan abstracto e incorpóreo tuviera un virus. ¿Qué analogía era esa? Las computadoras enfermas. Después supimos que los virus eran engaños y maldades. Luego, con las redes sociales, lo viral se hizo viral y se utilizó para hacer referencia a la propiedad de que algo –un contenido– se transmite por la red en una secuencia de contagio exponencial –el R0 que ahora aprendimos que mide el ritmo de reproducción–.

Viralizar significaba que de boca en boca –lo que antes hacía, por ejemplo, que una obra de teatro fuera de culto– pero sin hablar, usando las plataformas y sus redes de amigos de mis amigos, un contenido se pasara a velocidad desenfadada en internet tocando a millares de contactos que a su vez lo volvían a compartir; retuitear o hacer noticia por lo ocurrente, gracioso, insidioso, triste, patético, revolucionario o tabú que podía ser. Desde entonces hemos visto casi sin querer videos sexuales de celebridades, una convocatoria a una protesta, un tropezón de un político o el cadáver de un suicidado.

Sin embargo, el salto que dio el coronavirus no fue solo un salto zoónico, sino también un salto inverso de la metáfora. Un salto hacia la vieja escuela vírica infecciosa. Un virus que te abomba la cabeza, te rompe las costillas en un sinfín de toses y te hace rezar tomado por una chuchemia incontrolable, bajo el peso aplastante de un pilón de frazadas, hasta la internación, la intubación y la expiación. O no tanto. Pero no es ese el problema del escritor –no es la muerte, porque para algo escribe–, el problema es cómo tratar el contagio como nueva mediación en los personajes. ¿Cómo serán esas líneas descriptivas en las que la paranoia sea la personalidad y no una pincelada kafkiana? ¿Cuán mal imitaremos a Kafka? Es gravísimo el futuro que se viene, entonces. ¿Cómo serán esos capítulos en los que la paranoia sea correspondida hasta decodificar amor? Insoportable. ¿Cómo serán esas líneas en las que todo el drama pase por una gota de estornudo cuando salpica la lata de zanahorias bebé que termina de sacar de la góndola nuestro protagonista? ¿Hasta qué hartazgo los personajes caminarán por una Buenos Aires desierta y recordarán pogos, graduaciones, zaguanes, marchas, tribunas, cines, *baby showers*, albergues, primeras comuniones y sótanos beat con melancolía en la piel? Peor aún, ¿cuántos personajes tendrán problemas dermatológicos para aludir a la falta de contacto físico? Personajes con picazones, ampollas, granos, escamas serán somatizados en cada golpe de tecla; hasta la carne viva no pararemos.

El virus, también, nos permite asociar con lo minúsculo y lo invisible que son la materia prima y el fin, a su vez, de una novela pasable, de un cuento correcto, de un poema penetrante. Escribimos palabra tras palabra. ¿Hay algo más pequeño que las letras de molde en un libro, que los tipos en el programa de texto? Y, por lo general, tratando de desgranar minucias en un infinitesimal sentido de lo verdadero es que tal vez, si tenemos suerte, encontramos un todo literario. La cultura es lo mínimo. Un sentimiento, un gesto, una contracción sintáctica, una figura retórica de dos palabras. Cuanto más enfocado, con bordes, rugosidades, motas de aroma y un claro espiral de contradicciones, más fulgurante será la escritura. Pero habrá que huir de las ideas virológicas de lo invisible. Significar todo aquello que es un ente como virus, cualquier peligro como un virus, es una mala decisión expresiva sobre qué hacer con los materiales que nos da la pandemia. No, no todo es un virus. Renunciemos a esa idea esotérica, sobre todo cuando hay un virus real, tan real como el dolor que causa morderse la lengua al masticar mal.

Pero el virus trajo la peste. La peste es el paisaje de la enfermedad comunitaria. Se han escrito maravillas y mediocridades. La historia del arte fue escrita con pestes. Algunos eligieron el fenómeno para crear escenarios que devinieron en una historia del urbanismo pero del progreso también: la ciudad-hospital, la ciudad-morgue, la ciudad-orfanato, la ciudad-manicomio, la ciudad-cárcel, la ciudad-refugio y la ciudad delatora. Otros, para conjurar el tánatos eligieron el erotismo, el recuerdo y la negación que nos permite la ficción. Esto nos traerá el problema de escribir personajes embarbujados y paranoicos; será una nueva referencia de aquí a, por lo menos, diez años, un siglo. El impacto que nos causa el cambio en la manera de circular, en la profilaxis extendida con instrucciones y mensuras, en el alejamiento como salvación también será un signo de los tiempos.

Y hay otra categoría que desparramará más tristeza que las otras: la económica. La historia en relación con el dinero que se esfuma, el dinero que se nos niega, al fracaso económico es siempre un estructurador fenomenal. Todos o casi todos estuvimos ahí. A partir de ahora la mendicidad, la usura, la estafa, el achicamiento,

la caridad serán los vectores para hablar de traición, frustración y solidaridad. La caída estrepitosa de artistas sin escenario, plató, galería, ferias ni aplausos será una nueva bohemia sin tertulias ni mozos. Biografías de artistas desgraciados con alza póstuma de su cotización.

La cuarentena nos dará otro de los estereotipos de una literatura pospandémica. Ya sabemos: la torre, el altillo, el sótano, la catacumba, el cuarto matrimonial, el balcón y la mirada hacia un afuera envenenado son un buen caldo para hacer textos de descubrimiento, locura y lascivia. Textos que den cuenta del tedio como ocio y como replanteo del consumo, de una nueva vida familiar o de un nuevo yo en solitario. Las historias son miles pero la queja puede ser la misma enmarcada en un lenguaje autocomplaciente, lastimero y amargado, como una literatura del yo complaciente, quejosa y depresiva. Qué mejor que encerrar a tu personaje en una celda a torturarse. Tal vez, encerrarlo a soñar que es libre. Tal vez, una literatura del silencio. El confinamiento, aunque sea mental, siempre es necesario en la escritura. Partimos de ese encierro para escribir, y trasladamos en una voz narrativa la sensación acumulada. La pose es la de abrir una puerta para salir, lentamente, con algún control estilístico, estético y ético. La escritura es, también, y en simetría con el efecto del aislamiento, una añoranza del cosmopolitismo, de la bohemia, de la juventud, del coraje, de la sensualidad, de la inteligencia, del sentimiento, del sarcasmo y del humor que hubo y habrá en nuestros cuerpos y en nuestras ideas. ◆